

El Exilio, Otra vez

La vía: con Palabra Estéticamente Organizada, Contribuir a la Sacrificada Luz de Victoria

Por SAUL IBARGOYEN

El exilio puede derivar, como se sabe, de muchas causas: desarraigo violento, evasión fabricada, irresponsabilidad histórica, expulsión política, inestabilidad subjetiva, etc., pero ninguna de ellas tiene algo que ver, en definitiva, con el privilegio. Si alguien así lo considera, que con ese dudoso privilegio se quede.

ADHERENCIAS AL TRANSTERRAMIENTO

Podría decirse que nunca el transterramiento forzoso es total: cualquier hilo de raíz que el exiliado se lleve, supone a su vez mínimas adherencias. Por eso, añadir notas particulares, propias, personales, con un sentido meramente anecdótico a este gran fenómeno que se ha multiplicado en América Latina en estos años no significa más que agregar sequedad al desierto. ¿Qué diferencias sustanciales podemos encontrar entre una determinada opción al destierro y tantas otras que, aunque muy diversas, transitan el mismo cauce general? Si lo subjetivo importa, es en relación profunda con lo de todos.

Y no por espíritu gregario, de ese que alivia a la oveja por estar entre ovejas, pese a que todas marchan juntas al matadero.

Tal vez lo algo distinto de estas afirmaciones, reiteradas a costoso ritmo de tecla —como si vivir a una mayor velocidad sirviera para acortar los plazos objetivos— está en que se vincula muy directamente con la producción literaria, y no lo digo por afán de novedad: bastante se escribe aún sobre el tema. Tampoco pretendo, claro, una síntesis que permita mayores claridades: aquí también la realidad manda.

EXILIO Y CULTURA

El hecho multiplicado y doloroso que el exilio significa para la cultura —producción, difusión, asimilación, interinfluencias— no debe actuar negativamente sobre el escritor, por más que los motivos no falten. En general, pienso que se va asentando un nuevo corpus literario, que por su misma movilidad en cuanto a la dispersión geográfica de los autores y a las características de los medios de difusión (ya ha comenzado también una especie de "boom" del exilio), no es posible examinar en rigor por ahora.

Ese asentamiento es un índice altamente positivo, y contradice de modo rotundo el propósito del fascismo y de las dictaduras de diverso tipo, de borrar tanto a los productores de cultura como a sus realizaciones. Dentro de un país bajo situación de fascismo, es obvio que el retroceso cultural (no es apropiado hablar de "genocidio") puede alcanzar simas tenebrosas. Porque no se trata sólo de aniquilar los aspectos formales de la literatura, por ejemplo, sino de destruir sus contenidos democráticos y avanzados. En fin, se trata de interrumpir corrientes que vienen sosteniéndose desde el siglo pasado, en lo nacional, a más de cortar las ligazones fundamentales con los valores "universales", por llamar así a los aportes de la cultura espiritual que son patrimonio de la humanidad en su conjunto.

DEFENSAS CONTRA LOS "FANTASMAS"

Si un escritor sale al exilio cargado de experiencias populares, de luchas o de reflejos decisivos de esas luchas; si en su propio lenguaje literario ha sabido recoger el habla de muchas bocas; si su oreja sigue atenta a nuevas resonancias que no niegan, sino que confirman todo lo escuchado y absorbido, ese escritor tendrá mejores defensas contra los "fantasmas" del destierro y podrá, casi desde el inicio, recomenzar su trabajosa producción.

Es ocioso plantear que, además de las experiencias colectivas y sus reflejos, hay que contar con la formación ideológica del escritor, eso que suele llamarse "concientización", y que prefiero denominar "politización". Si esa ideología (aun en contradicción con posiciones originarias de clase) apunta hacia proyectos históricos transformadores y ascendentes, y es asumida hasta que se integra a su correspondiente conducta social —dicho en un sentido amplio—, pues se irán al diablo las especulaciones psicológicas y metafísicas con que ciertos comentaristas trastornan aún más los datos del exilio.

Toda especulación de tales signos, por más que venga de plumas prestigiadas, no hace más que llevar razones de permanencia a regímenes que, por su propia esencia, están señalados por la caducidad histórica.

EXPERIENCIAS PROPIAS

Pero, ahora sí, antes de terminar estos asuntos, hablaré de un par de experiencias y dificultades que el destierro provocó en mi propia producción literaria. Primero: ¿qué pasó con los temas? La tortura, la prisión, el desgarramiento interior, los elementos genéticos de un mundo que —siempre cercano— va resultando menos conocido, ¿pueden sostenerse como tópicos permanentes? La distancia es amiga de las idealizaciones y, estemos donde estemos, sin dejar de mirar hacia la patria, hay otras realidades que nos tocan, nos tientan y nos llaman: ¿es posible reunir las en una misma perspectiva estética? Hablamos y escribimos según vamos viviendo y respirando.

Segundo: ¿qué pasó con las cuestiones formales, con aquellas "claves" que trabajosamente estaba inventando (o creyendo inventar) para que lo escrito pudiera vencer la censura interior y la censura del régimen fascista? Hubo que cambiarlas, y a un gran costo, porque se modificaban abruptamente experimentos aún en formación. ¿Debemos ser "claros"? ¿Dar más importancia a los temas que al "estilo"? Acá no existen las concesiones: escribir lo que debemos escribir, sin modelos rígidos, levantando la experiencia colectiva sin soslayar la personal. Y estudiar, y aprender, y estar atentos a todos los sonidos y a todas las voces de un mundo latinoamericano en acelerado proceso de cambios democráticos y revolucionarios.

Por suerte, para todo esto no hay recetas: sólo ser un integrante más del destino de tantos pueblos, con el único orgullo de ser eso y de contribuir con nuestra palabra estéticamente organizada (sin demagogias, sin facilismos, sin oportunismos, sin oscuridades) a la limpia y sacrificada luz de la victoria inevitable.